

ton, que regresando á su país natal en aquel tiempo, por la licencia concedida á los ex-jesuitas por Carlos IV, tuvo oportunidad de conocerle, manifestándole desde entonces mucho cariño. No teniendo ninguna afición al comercio, con aprobacion de su padre se dedicó á la carrera literaria, estudiando filosofía en la dicha ciudad, teniendo por maestro al célebre capuchino P. Velez, tan famoso por sus escritos y que murió despues de Arzobispo de Santiago. En seguida fué á Granada á estudiar teología y cánones, recibiendo concluidos los cursos, el grado de Doctor en la primera facultad: deseoso de mayores adelantos, fué á Madrid donde aprendió por dos años la lengua griega, á la que siempre tuvo mucha afición. Habiendo regresado á Cádiz con muchos trabajos y peligros á causa de la ocupacion de la Península por el ejército francés, se embarcó para Veracruz á donde llegó el año de 1811, pasando de allí á la capital, hospedándose en la casa del Sr. Moret, oidor entonces de la Real Audiencia: en México recibió los sagrados órdenes mayores, pues ya vino ordenado de los menores de España; y en 1813 en que cantó su primera Misa, fué nombrado rector del Colegio de la Minería, de donde pasó á mediados de 1816 al oratorio de S. Felipe Neri, del que se apartó con sentimiento de aquellos Padres entrando en la Compañía de Jesus el 5 de Enero del siguiente año, conducido por la Providencia para bien de la Provincia, como lo hemos referido en el Capítulo VII. Sus ejemplares virtudes, su literatura y sobre todo su don de gobierno, fueron de un grande auxilio á la Provincia restablecida. Ayudó al P. Canton en el cuidado de los novicios y en el gobierno del Colegio de S. Pedro y S. Pablo hasta la llegada del P. Márquez, en que fué nombrado socio de este y ministro: en 8 de Diciembre de 1819 fué agraciado con la profesion solemne de cuarto voto, y en 18 del mismo mes y año hizo la fundacion de Puebla, en cuyo Colegio dió lecciones de teología, y sin perjuicio de su gobierno, como rector, desempeñó todos los ministerios del Instituto. Por fallecimiento del P. Márquez, volvió á S. Pedro y S. Pablo á servir de rector y maestro de novicios, y allí permaneció con ambos cargos, que supo desempeñar perfectamente, hasta la dispersion de la Provincia en 1821; retirándose á vivir al convento de S. Camilo donde permaneció poco tiempo por haber sido nombrado capellan del Colegio de las niñas. Sus tareas en ese nuevo empleo no se limitaron á la acertada direccion que dió á las alumnas de ese establecimiento, ni á los demás ministerios del púlpito y confesonario, á que fué siempre muy dedicado; sino que era el consultor general en los asuntos más árdulos de la mitra y de los tribunales seculares, en que se adquirió tal nombradía, que como se expresaba uno de los más sábios y respetables magistrados de la época, el Sr. Lic. D. Juan Flores Alatorre, en cualquier negocio por difícil que fuese, era

decisivo el voto del P. Lerdo. Por el mismo tiempo hizo frente con sapientísimos escritos teológicos al impío y por desgracia afamado libelista, conocido con el seudónimo de "Pensador Mexicano," á quien confundió victoriosamente, y despues á otro que se atrevió á publicar varios papeles repletos de los errores y blasfemias de Voltaire contra la religion, al que hizo enmudecer en una hoja periódica, titulada "El Quebranta Huesos," con la particularidad de que en ese combate religioso-literario, las doctrinas todas de que se sirvió en su afamada refutacion, las tomó de los enciclopedistas y filósofos franceses, de que hizo un estudio especial; manejándose en esa lid con tal desinterés, que rehusó admitir algunos pingües beneficios eclesiásticos conque la mitra pretendia recompensar sus trabajos. Tales fueron sus útiles ocupaciones en México hasta 1829, en que habiéndose dado el decreto de expulsion de españoles, á pesar de que sus amigos y parientes habian logrado excepcion á su favor, no quiso admitirla, sino que marchó á Europa, entre otras razones para volver á seguir su vocacion, reuniéndose de nuevo á la Compañía: su navegacion fué muy peligrosa, viéndose en riesgo próximo de naufragar, del que se libró por un voto hecho á Nuestra Señora de Guadalupe, cuya devocion nunca olvidó, llegando salvo á uno de los puertos de la baja Bretaña. Atravesando desde allí la Francia llegó á Roma, deteniéndose algunos dias en Florencia con el Illmo. Sr. Vasquez enviado de la República y despues Obispo de Puebla. Llegado á la Santa Ciudad y recibido con grande aplauso por el R. Padre General, fué enviado al Colegio de Espoleto á enseñar teología moral, siendo en ese tiempo Arzobispo de aquella ciudad, el actual Papa el Sr. Pio IX, y por el año de 1831 se hallaba en uno de los colegios de la orden inmediato á Cortona, con el mismo empleo. Al año siguiente, segun parece, fué mandado á España por sócio del P. Morey, provincial de Castilla y en el Colegio imperial de Madrid estaba cuando le ocurrieron los desgraciados sucesos del 16 y 17 de Julio de 1834, en que logró escapar de la muerte que los insurreccionados dieron á varios Jesuitas, escondido en una guardilla en compañía de otro de los Padres del mismo Colegio. Sobre esa horrosa catástrofe escribió una memoria, que se reputa como de las más verídicas y exactas: además hizo una exposicion muy fundada, demostrando la inocencia de los religiosos asesinados por el populacho, y especialmente de los Jesuitas residentes en Madrid, que presentó al Gobierno, de cuyas resultas, tal vez por las revelaciones hechas por él de la culpabilidad de algunos personajes en aquel horroroso atentado, se le desterró de la Corte á Valdepeñas; en cuyo retiro, como hombre siempre laborioso, se ocupó en santas obras y en leer completamente los escritos de San Bernardo, como siendo rector de la Minería, en su juventud, habia hecho la de los de S. Juan

Crisóstomo en su idioma griego. De ese destierro fué llamado á Roma á servir el empleo de asistente de España, uno de los cargos más importantes de la Compañía, y que desempeñó cumplidamente hasta 1853. En 1854, como ya se dijo en su lugar, regresó á México teniendo el gusto, tanto sus hermanos, como la multitud de sus amigos de volverlo á ver en su ancianidad, pero siempre con su cabeza firme y sin haber sufrido la ménos alteracion en sus costumbres cortesananas y afables, su conversacion amena y erudita, y sus virtudes que le atraian el respeto y veneracion general. En la iglesia de Loreto predicando el 31 de Julio de 1855 el sermón de S. Ignacio que era escuchado con el aplauso que lo habia sido pocos dias antes el de la festividad de la declaracion dogmática de la Inmaculada Concepcion, fué atacado de apoplejía, bajándolo del púlpito casi sin movimiento. Convalecido de aquel terrible accidente, y habiéndose retirado despues de la nueva dispersion de la Provincia al Santuario de Nuestra Señora de los Angeles, falleció allí despues de algunos meses el 11 de Agosto de 1861, dejando las más tiernas memorias de sus virtudes, literatura y demás apreciables prendas á todos cuantos tuvieron la dicha de conocerlo.

Durante la persecucion religiosa de los años siguientes, los Jesuitas se limitaron á los ministerios de confesar y predicar en la Capital; interrumpiéndose las misiones hechas en los anteriores: únicamente uno de los Padres, el P. Peña, fué arrestado y puesto en la cárcel pública, en la que permaneció algunas horas, por la denuncia hecha al Gobierno de ciertas proposiciones proferidas en un sermón; pero desvanecida la calumnia con la explicacion que hizo de ellas, fué puesto en libertad.

El año de 1863 el P. Provincial Basilio Arrillaga fué nombrado por el Gobierno civil, rector del Colegio de S. Ildefonso. Fueron llamados para ayudarle primero los dos Padres de esta Provincia, Soler como Vice Rector, y Barragan como Prefecto, que trabajaban en la Habana y llegaron á México á primero de Septiembre del mismo año. A primero de Octubre llegó el P. Mario Cavalieri, Napolitano, destinado á esta Provincia por el P. General. Al año siguiente llegaron tambien los PP. Teran, Espinosa y Velasco de esta Provincia, que habian terminado sus estudios en España, hacia ya tiempo. Todos fueron ocupados en el Colegio de S. Ildefonso, en donde á más de las clases de Latin, Filosofía y Jurisprudencia que habia, se abrieron otras dos, una de tercer año de Latin y Literatura, y otra de Teología dogmática, que de muchos años atrás no se daba ya en aquel establecimiento.

Por este tiempo ofrecieron al P. Provincial, que aceptarían gustosos en su diócesis los servicios de la Compañía los Illmos. Arzo-

bispos de México y de Guadalajara, á los Obispos de Querétaro, S. Luis, Zacatecas y el Vicario apostólico de Tamaulipas.

El día 3 de Abril de 1864, falleció en la ciudad de México el P. Juan Ignacio Lyon, Jesuita conocidísimo y muy apreciado en toda ella sobre todo por su asidua dedicacion al confesonario: nació en Campeche, departamento de Yucatán en 27 de Marzo de 1788, y fueron sus padres el Sr. D. Santos Lyon, originario de la ciudad de Marsella, y la Sr.^a D.^a M.^a Josefa Barberi, segun se dice ligada por parentesco á la casa del Papa Urbano VIII, de la que aún existe el cardenal Barberini ó Barberi: desde niño manifestó muy buenas cualidades, tanto en lo doméstico como en las aulas que comenzó á frecuentar desde 1800 en el seminario de su patria donde estudió latinidad, filosofía y teología, distinguiéndose desde entonces por su madurez, modestia, juicio y aplicacion. En 20 de Julio de 1807 habiendo recibido el grado de Bachiller en la Universidad de México, entró al Colegio de S. Ildefonso optando una de las becas del Sr. Llergo, y allí siguió los cursos de jurisprudencia hasta el año de 1809, logrando las mejores calificaciones y especiales notas honoríficas, y sustentando los actos públicos de estatuto. Restablecida la Compañía en 1816, fué uno de los primeros que entraron al noviciado el 2 de Junio del mismo año; recibiendo los sagrados órdenes en ese tiempo, y emitiendo sus primeros votos en 1818, con la aprobacion de todos sus superiores y hermanos, que veian en él el modelo de un verdadero Jesuita. En 1819 partió para Durango á la fundacion de aquel Colegio, con el P. Mendizabal que iba de rector, y un Hermano coadjutor novicio; y en esa ciudad dejó los más gratos recuerdos de sus virtudes y celo de la salvacion de las almas, que siempre lo distinguieron. En 1821, suprimida la Compañía, regresó á México y fué nombrado segundo capellan, ó *Peregrino*, del convento de las religiosas Capuchinas, sucediendo al P. Mendizabal despues de su muerte, en el empleo de primero. Desde esa época hasta la de su fallecimiento, (aún despues de restablecida la Provincia en 1855, en cuyo tiempo hizo la profesion solemne de cuarto voto): su principal y casi exclusiva ocupacion fué la del confesonario, siendo el director de la mayor parte de las Señoras de las primeras familias de la capital, acudiendo igualmente y con mucha frecuencia á las casas de los enfermos que invocaban su auxilio en sus últimos dias, y sobre todo, ciertas personas que por sus particulares negocios ú opiniones deseaban un confesor de la paciencia, dulzura y experimentado conocimiento de las materias morales que tanto brillaron en el P. Lyon. Su nombre fué generalmente respetado, aún entre los titulados progresistas y periódicos de la oposicion á las antiguas máximas: varios de estos últimos lo propusieron

con desmedidos elogios para Obispo en las vacantes de algunas diócesis, y aún el mismo Gobierno solicitó se le nombrara *in partibus* en Roma. Ultimamente despues de una vida tan laboriosa y ejemplar, en la cual recibió las mayores muestras de confianza, veneracion y respeto de todo género de personas, murió edificantemente el día que hemos dicho, con sentimiento universal de toda la poblacion, especialmente de los pobres, de quienes fué siempre un insigne benefactor: su cadáver descansa en el presbiterio de la Capilla del Señor de Sta. Teresa.

En el año siguiente de 1865, publicó en México el Abate Testory capellan mayor del ejército francés, un folleto intitulado: "El Imperio y el Clero Mexicano," en el cual se proponia probar la justicia y legalidad de las leyes de reforma relativas á la ocupacion de los bienes eclesiásticos, desatándose en graves injurias contra el clero mexicano. Por encargo del Sr. Arzobispo y en defensa de los dichos bienes y del clero, publicó el P. Arrillaga una sólida impugnacion con el título de "Algunas Observaciones etc." sobre el mencionado opúsculo, á que nada replicó el citado Abate, cuyo escrito ha sido colocado en Roma en el "Índice de los libros prohibidos;" por decreto de 13 de Marzo del mismo año.

En 17 de agosto para dar principio al nuevo plan de estudios propuesto por el ministerio liberal al Emperador, se exhonó al repetido P. Arrillaga del cargo de rector del Colegio de S. Ildefonso, con sentimiento general de todos los padres de familia. Dicho proyecto, como punto capital secularizaba la direccion de los colegios imperiales, y como por ese motivo y otras innovaciones esenciales que se proponian, previera el ministro, que habia de sufrir grave contradiccion en el consejo, principió á ponerlo en práctica por disposiciones especiales, siendo la referida la primera que se puso en ejecucion en todos los establecimientos pertenecientes al Imperio. Respecto del de S. Ildefonso parece que habia una más marcada prevencion; pues desde Mayo del mismo año no habia permitido el ministerio que dos Jesuitas llegados de Europa á auxiliar los trabajos de la educacion, residieran en el repetido colegio: lo cierto es, que al mes siguiente el Emperador, como para dar satisfaccion á dicho P. Arrillaga lo nombró consejero honorario y lo convidó á su mesa, lo que indica el aprecio que le conservaba, y que su destitucion fué obra exclusiva del ministerio. En consecuencia renunciaron los demás Padres que desempeñaban allí los empleos de superiores subalternos, y llegada la época de las vacaciones se separaron todos los que servian las cátedras.

CONCLUSION.

Hemos llegado al término de nuestros trabajos, que como se ha visto, abrazan un espacio de más de siglo y medio. Para formar esta relacion como al principio indicamos, ha sido indispensable por la falta de documentos originales, especialmente de los relativos á los años de 1759 á 1773, suplir con lo que los historiadores modernos, especialmente los de más nombradía entre los protestantes, filósofos y verdaderamente despreocupados nos han dejado consignados en sus Obras, despues de haber aparecido en toda su claridad los sucesos tan largo tiempo envueltos en tinieblas. Sin falsa modestia no estamos satisfechos de esta narracion: la vemos con ménos interés del que pudiera dársele, teniendo mucho no solo de la sequedad de la crónica que produce cansancio, sino de la diversidad de estilo y redaccion de los testimonios que hemos alegado y generalmente traducido, absteniéndonos del lenguaje pintoresco que dá á los cuadros de esta clase animacion y vida. Gran parte de estos defectos no la hemos evitado de propósito: preferimos ser exactos, á amontonar palabras que dieran una falsa luz á nuestros personajes; no quisimos inventar situaciones verosímiles que hubieran hecho romanesco nuestro trabajo, ni nos aventuramos á adivinar pensamientos que le hubieran dado variedad, por no forjar un cuento y apartarnos del respeto que se debe á la historia. Habiendo comenzado por el estado floreciente que la universal Compañía de Jesus tenia en todo el orbe en 1740 y dado una idea de las persecuciones que acarrearón la ruina de este célebre cuerpo, nos parece conveniente describir cuál ha sido el resultado de su rehabilitacion de 1814 hasta el día; pues nada hará formar un juicio más exacto del que la posteridad ha fallado de ese asombroso suceso, (que se procuró justificar con las más atroces calumnias de que ninguna otra corporacion religiosa ha sido objeto), que el práctico desprecio con que se ha visto esa multitud de libelos, que por todas partes y bajo todos los caracteres posibles, aún los legales inundaron al mundo, para hacer odioso hasta el nombre solo de Jesuita. Lo cierto es, que no solamente en la historia representa hoy la Compañía de Jesus un papel brillantísimo, que en vano se esforzarán en oscurecer sus encarnizados enemigos, apasionados émulos y malignos adversarios del catolicismo, sino que en este siglo, en que se ha declamado y se declama hasta el día contra las órdenes religiosas, no hay nacion ni lugar alguno en los pueblos civilizados, donde sin temor á esa ardiente contradiccion, y cerrando los oídos á todos los sofismas